

ral de este último en tan execrable aventura y reanudó la conversación.

—Se dice que su santidad está algo incomodado con su eminencia el cardenal Sanguinetti. Como parece natural, el papa reinante no debe ver con buenos ojos al papa futuro.

Monseñor Nani se echó á reir un momento, pero con mucha franqueza.

—Sí, el cardenal se incomodó é hizo las paces tres ó cuatro veces con el Vaticano. En todo caso, el Santo Padre no tiene para que dar pruebas de celos póstumos y sabe que puede dispensar una buena acogida á su eminencia.

Manifestó después cierto pesar por haber expresado una certidumbre, y se contuvo.

—Broméo, pues su eminencia es completamente digna de la elevada fortuna que sin duda le espera.

Pero Pedro ya sabía á qué atenerse; el cardenal Sanguinetti no era, indudablemente, el candidato de monseñor Nani que, sin duda, le creía demasiado gastado con su impaciente ambición, sobradamente peligroso por las alianzas equívocas que, arrastrado por su impaciencia, había pactado con todo el mundo, hasta con la joven Italia patriota. Y la situación se ponía en claro: el cardenal Sanguinetti y el cardenal Boccanera se devoraban, se suprimían el uno al otro; el uno, tramando sin cesar intrigas, no retrocediendo ante ningún compromiso, soñando conquistar á Roma por medio de las elecciones; el otro, inmóvil y erguido con su intransigencia, excomulgando al siglo y esperando sólo de Dios el milagro que debía salvar á la Iglesia. ¿Por qué no dejar á las dos teorías que así, frente á frente, se destruyesen y con ellas todo lo que encerraban de tras-

tornador y de inquietante? Si Boccanera escapó al veneno, no por eso dejó de alcanzarle la trágica aventura, y en adelante era imposible como candidato, muerto moralmente gracias á las historias que circulaban por Roma entera, y si Sanguinetti se creyó libre de su rival, no vió que se hería á sí mismo, que mataba igualmente su candidatura, abrasándola en medio de una pasión tal del poder que se mostraba tan poco escrupulosa en escoger los medios y que comprometía á todos. Monseñor Nani estaba visiblemente encantado; ni el uno ni el otro, la plaza libre, la historia legendaria de los dos lobos que habían refido y comídose el uno al otro sin que quedase nada, ni aun las colas. Y en el fondo de sus ojos claros, en toda su discreta persona, no había más que un desconocido temible, el cardenal elegido definitivamente, patrocinado por el ejército todopoderoso del que era uno de los jefes más inteligentes. Un hombre como aquel, que jamás se descuidaba, tenía siempre su solución á punto. ¿Quién, pues, iba á ser el papa de mañana?

Se puso en pie y se despidió cordialmente del presbítero.

—Dudo mucho, querido hijo, que vuelva á veros, y por lo mismo os deseo un buen viaje...

No se alejó, sin embargo, sino que siguió mirando á Pedro con su aire de viva penetración, y le hizo volverse á sentar, ocupando él mismo un sillón á su lado.

—Con seguridad que en cuanto regreséis á Francia, iréis á saludar al cardenal Bergerot... pues bien, tened la bondad de hacerle presente mis respetos y recuerdos. Le conocí y le traté algo cuando hizo un viaje á Roma para venir á buscar el capello... Es una de las más grandes lumbreras del clero francés. ¡Ah! Si un talento

tan privilegiado quisiese trabajar para la buena inteligencia de nuestra santa Iglesia! Temo mucho que existan por desgracia preocupaciones de país y de raza, y que no siempre nos ayude.

Sorprendido al oírle hablar así por la primera vez y en la última entrevista, Pedro escuchóle con curiosidad. En vista de esto no se cortó y le respondió con entera franqueza:

—Sí, su eminencia tiene ideas muy determinadas, muy precisas, acerca de nuestra antigua Iglesia de Francia. Así es que profesa un verdadero horror á los jesuitas...

Con una ligera exclamación le interrumpió monseñor Nani. Tenía un aire de sincero asombro y el más franco que se pueda ver.

—¡Cómo! ¿Horror á los jesuitas? ¿Y en qué le pueden inquietar los jesuitas? Ya nadie se ocupa de eso; la historia de los jesuitas es una cosa terminada. ¿Acaso los habéis visto á los jesuitas en Roma? ¿Por ventura, os han estorbado en algo esos pobres jesuitas que ni siquiera poseen una piedra sobre la que poder apoyar la cabeza? ¡No! ¡No! ¡Qué no se mencione en adelante ese espantajo, porque el hacerlo es cosa de niños!

Contemplóle, á su vez, Pedro, admirándole y maravillándole su facilidad, su tranquila audacia, tratándose de un asunto tan candente. No volvió siquiera los ojos, dejando que se viese su cara, abierta como un libro de verdad.

—¡Ah! Si por jesuitas entendéis esos presbíteros prudentes que en vez de entablar con las sociedades modernas luchas estériles, infecundas y peligrosas, procuran atraerlas humanamente á la Iglesia, entonces ¡Dios mío! todos somos más ó menos jesuitas, porque se-

ría muy necio ó muy loco no teniendo presente la época en que se vive. ¡Oh! No me paro yo en las palabras que me importan poco. ¡Jesuitas, sí, sí, queréis jesuitas!

Y se sonrió de nuevo, con su expresiva sonrisa tan ladina, tan irónica, y en la que se traslucía tanta burla como inteligencia.

—Pues bien, cuando veáis en Francia al cardenal Bergerot, decidle que es poco razonable y acertado perseguir á los jesuitas, tratándolos como á enemigos de la nación, cuando la verdad es que son todo lo contrario. Los jesuitas son partidarios de Francia, porque lo son de la riqueza, de la fuerza y del valor. Francia es la única gran nación que queda en pie, soberana aún, la única en que el papado podría apoyarse un día sólidamente. Por eso el Padre Santo, después de haber pensado un momento en obtener el apoyo de la victoriosa Alemania, hizo la alianza con Francia, la vencida de la víspera, comprendiendo que fuera de ella no había salvación para la Iglesia. Y en eso no hizo más que seguir, obedecer la política de los jesuitas, de esos pobres jesuitas que vuestro París execra... Decid también al cardenal Bergerot, que sería un ejemplo muy hermoso dado por él, el trabajar para la pacificación, haciendo comprender además, cuán mal obra vuestra República no ayudando más al Padre Santo en su obra de conciliación. Tratan al papado como á cantidad sin importancia, y eso es una falta imperdonable cometida por los gobernantes, porque si bien aparece despojado de toda acción política, posee en cambio una fuerza moral inmensa que puede, en un momento dado, sublevar las conciencias, producir agitaciones religiosas de incalculable alcance. Es siempre el papado quien dispone de

los pueblos, porque él manda en las conciencias y dispone de las almas, y la República obra con una ligereza muy grande en perjuicio propio, aparentando desconocer todo esto... Y decidle también que inspira verdadera lástima el ver de qué miserable manera escoge esa República sus obispos, como si voluntariamente se propusiese debilitar su episcopado. Dejando aparte algunas honrosas excepciones, vuestros obispos no se distinguen por su talento y por consiguiente vuestros cardenales, que no son más que medianías, no tienen aquí ninguna influencia ni representan ningún papel. ¡Ah! ¡Cuando se verifique el cónclave qué papel más desairado váis á hacer! ¿Por qué, desde luego, en vez de tratar con un rencor tan tonto y tan ciego á esos jesuitas que son vuestros amigos políticos, no procuráis emplear su celo inteligente, dispuesto siempre á servirlos, para captaros la simpatías y conseguir la ayuda de papa de mañana? Eso os es preciso á vosotros por vosotros mismos; es necesario que él continúe en Francia la obra de León XIII, esa obra tan mal juzgada y tan combatida, que se preocupa tan poco de los exigüos resultados de hoy para no pensar más en el trabajo de porvenir, en la unidad de todos los pueblos en el seno de la Santa Madre Iglesia... Decídselo, decídselo al cardenal Bergerot, que esté con nosotros y que trabaje en favor de su país al hacerlo en obsequio nuestro. ¡Esa papa de mañana! Todo se encierra ahí; desgraciada Francia si ese papa futuro no es un continuador de la obra de León XIII.

Se puso en pie otra vez, y aquella para marcharse. Nunca se había expontaneado tanto y con tanta extensión; pero con seguridad que no había dicho más de lo que se proponía decir con un fin sólo conocido de él

con una lentitud y una dulzura que encerraban mucha firmeza y en la que se revelaba que cada palabra estaba maduramente pensada y pesada.

—Adiós, hijo mío; y una vez más medita en todo cuanto visteis y oísteis en Roma; sed muy prudente y no echéis á perder vuestra vida.

Inclinóse Pedro y estrechó la mano bien cuidada y y regordetilla que el prelado le tendió.

—Os doy gracias por todas vuestras bondades, monseñor, y podéis estar seguro de que no olvidaré ningún detalle de mi viaje.

Vióle como se alejaba, con su fina sotana y su paso ligero y conquistador, que creía iba á todas las victorias del porvenir. ¡No! ¡No olvidaría absolutamente nada de su viaje! Conocía esa unión de los pueblos en el seno de su Santa Madre la Iglesia, esa servidumbre temporal en la que la ley de Cristo se convertiría en la dictadura de Augusto, soberano del mundo. Y no dudaba de que los jesuitas amasen á Francia, á la hija mayor de la Iglesia, á la única que podía aún ayudar á su madre á reconquistar la realeza universal; pero la amaban como esos negros vuelos de langostas quieren á las cosechas sobre las que se arrojan para devorarlas y destruirlas. De su corazón se apoderó infinita tristeza, teniendo conciencia de que en aquel vetusto palacio medio derruido, en aquel duelo y derrumbamiento eran ellos, y nadie más que ellos los que debían ser los artesanos del dolor y del desastre.

Habiéndose vuelto precisamente en aquel momento, vió á don Vigilio al lado de la credencia, ante el gran retrato del cardenal y con el rostro oculto entre las manos, como si hubiese querido desaparecer para siempre y temblando con todo su cuerpo tanto de mie-

do como á consecuencia de la calentura. En el momento en que dejaron de presentarse visitas, sucumbió á una crisis de desesperación y de terror, y se abandonó por completo.

—¡Dios mío! ¿Qué os pasa?—preguntó Pedro, acercándose á él.—¿Estáis enfermo? ¿En qué puedo seros útil?

Pero *don* Vigilio se tapó los ojos, ahogándose y balanceando por entre sus manos convulsamente apretadas. Y no dejó oír más que su ahogado grito de espanto.

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

—¡Cómo! ¿Qué os hizo?—preguntó asombrado Pedro.

Separó entonces el secretario las manos de su rostro, y cediendo á la necesidad, al estremecimiento de desahogarse con alguien, respondió:

—¡Cómo! ¿Qué es lo que me hizo? Entonces no oís nada... no véis nada. ¿No observásteis de qué manera se apoderó del cardenal Sanguinetti para acompañarle al cuarto de su eminencia? Imponer ese rival sospechoso, execrado, á su eminencia y precisamente en estos momentos, ¡qué audacia más insolente! ¿Y no os fijásteis pocos minutos antes en la maligna socarronería con que despidió á una anciana señora, á una antigua amiga, que no pedía más que besar la mano á su eminencia, dándole pruebas de un poco de ternura con que le habría consolado algo? Os digo que es aquí el amo, que abre y cierra la puerta á su antojo y que nos tiene entre sus manos lo mismo que el puñado de polvo que se arroja al viento!

Inquietóse Pedro al verle tan temblón y amarillento.

—Vamos, vamos, amigo mío, tal vez exajeráis.

—¿Qué exajero? ¿Sabéis lo que sucedió esta noche y cuál ha sido la escena á que, á pesar mío, he asistido? ¿No? Pues bien, voy á decíroslo.

Contó que *donna* Serafina, cuando regresó la víspera precipitadamente para caer en medio de la tremenda catástrofe que la esperaba, volvía ya con el alma ulcerada y quebrantada por las malísimas noticias que le habían dado. Lo mismo en el Vaticano, en el despacho del cardenal secretario, que en casa de los prelados amigos suyos, adquirió la seguridad de que la situación de su hermano declinaba de día en día de una manera extraordinaria, y que se había creado en el Sacro Colegio enemigos cada vez más numerosos, hasta el extremo de que su elección para el solio pontificio, probable el año anterior, parecía haberse hecho en adelante imposible. De pronto el ensueño de toda su vida se desmoronaba, la ambición que durante tantos años alimentara, yacía hecha polvo á sus pies. ¿Cómo? ¿Por qué? Procuró saber cuáles podían ser las causas de esa desgracia y supo con desesperación que eran toda clase de faltas, las rudezas del cardenal, manifestaciones inoportunas, personas á las que había lastimado con una palabra, con un acto, con una actitud, en fin, tan provocante que se habría dicho la tomaba voluntariamente para echarlo todo á perder. Lo peor del caso era que, en cada una de esas cosas ó de esos actos, reconoció faltas de tacto, torpezas vituperadas y no aconsejadas por ella y que su hermano se había obstinado en cometer bajo la influencia inconfesada del abate Paparelli, de ese caudatario tan humilde, tan ínfimo en el que *donna* Serafina adivinaba una supremacía nefasta, un destructor de su propia influencia tan cuida-

dosa y vigilante. Así que, á pesar del duelo en que estaba sumida la casa, no quiso retrasar la ejecución del traidor, tanto más cuanto que su antigua amistad y compañerismo con el terrible Santobono, y la historia de aquel cestillo de higos que pasara de las manos de éste á las de aquel, la impresionaron dejándola helada y haciéndola concebir una sospecha que quiso, al menos poner en claro. Pero al oír las primeras palabras, al oír la petición formal de arrojar al caudatario, al traidor á la calle, encontró *donna* Serafina en su hermano una resistencia brusca, invencible. No quiso escuchar nada, se incomodó estallando una de esas cóleras de huracán que lo barrían todo con su violencia y acabó diciéndola que no estaba bien, que ella la emprendiese contra un pobre hombre tan modesto y tan piadoso acusándola de que ayudaba al juego de sus enemigos, que después de haber matado á monseñor Gallo, trataban de envenenar su cariño á ese desdichado clérigo sin importancia. Dijo además que todas esas historias, eran otras tantas abominables calumnias, y juró conservarles á su lado nada más que para dar pruebas del desdén que le inspiraba la calumnia. Y *donna* Serafina no tuvo más remedio que callarse.

Habiendo experimentado otro nuevo estremecimiento, volvió *don* Vigilio á ocultar el rostro entre las manos.

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

Balbuceó sordas invectivas; el engendro de fingida humildad, el hombre de la falsa modestia, el vil espion encargado de ver y observar todo lo que pasaba en el palacio pervirtiéndolo todo; el insecto inmundo y destructor, que se apodera de las presas más nobles y que devoraba la crin del león, el jesuita, pero el jesuita más

abyecto, el jesuita criado-amoroso y tirano, con todo su horror de bajeza, ejecutando su tarea de gusano triunfante.

—¡Calmaos, tranquilizáos por Dios!—le dijo Pedro que, aun dejando aparte lo que aquello tenía de loca exageración, sentíase dominado por una cosa desconocida, terrible, por cosas realmente amenazadoras y vagas que comprendía que se agitaban verdaderamente en el fondo de la sombra.

*Don* Vigilio, desde que había estado á punto de comer los terribles higos, desde que el rayo cayó á su lado, tenía ese temblor, ese terror vago que nada ni nadie podía calmar. Aun estando solo, cuando después de encerrarse en su cuarto y de correr el cerrojo se acostaba, apoderábanse de él locos terrores que le hacían ocultarse bajo las sábanas para ahogar sus gritos y con tanto miedo, como si temiese que por las paredes fuesen á entrar algunos hombres para extrangularle.

Con voz ahogada, desfallecida, jadeando lo mismo que si saliese de una lucha, añadió:

—Os lo decía y decía muy bien la noche en que hablamos en vuestra habitación encerrados y con la llave echada á la puerta... Hacía muy mal en hablaros con tanta libertad de ellos, en desahogar mi corazón contándoos de todo lo que son capaces... Estaba seguro de que lo sabrían y bien veis que se han enterado puesto que me han querido matar... Mirad... en este momento mismo cometo una locura diciándoos esto, porque van á saberlo, y esta vez no errarán el golpe conmigo... ¡Ah! ¡Todo está concluido, soy hombre muerto y esta noble mansión que creí tan segura será mi tumba!

Al contemplarle, sintió Pedro una compasión infinita hácia aquel enfermo, cuyo cerebro de calenturien-

to, henchido de pesadillas, acababa de echar á perder su vida estropeada, haciéndole sufrir todos los terrores y las angustias del delirio de persecución.

—Pues es preciso que huyáis; no os quedéis aquí, veníos á Francia, idos á cualquier parte.

Miróle asombrado *don Vigilio* y se calmó enseguida:

—¡Huir! ¿Y para qué? En Francia también están ellos, no importa el sitio porque en todas partes se hallan. Están en todo y en vano huiría, porque en todos lados estaría á su lado, entre ellos. No, no, prefiero quedarme aquí... morir enseguida, si es que en adelante su eminencia no me puede defender.

Levantó la cabeza y fijó en el gran retrato de ceremonia en el que el cardenal resplandecía con su sotana de moaré rojo, una mirada de súplica infinita en la que se esforzaba aún en lucir algo de esperanza; pero sobrevino la crisis, le agitó, le sumergió con un acceso redoblado de fiebre furiosa.

—Dejadme, dejadme... os lo ruego... No me hagais hablar más. ¡Ah! ¡Paparellil! ¡Paparellil! Si volyiera, si nos viese... si me oyese hablar... no volveré á hablar nunca más... Mataré la lengua, me la cortaré si es preciso. Dejadme... dejadme... Os digo que me estáis matando, que va á volver y que eso es mi muerte! ¡Idos! ¡Ah! ¡Por compasión, hacedme el favor de marcharos!

Y *don Vigilio* se volvió hácia la pared, como para aplastar en ella su rostro y cerrar su boca con un silencio de tumba. Decidióse Pedro á abandonarle teniendo provocar un acceso más grave si se empeñaba en prestarle algún socorro.

En la sala del trono, á la que volvió, encontróse Pedro en medio del duelo de la casa irreparable é irre-

mediable. Las misas sucedíanse unas á otras, misas cuyas balbuceadas oraciones subían sin fin á implorar la misericordia divina para que acogiese bondadosamente á aquellas dos almas queridas que habían volado. Y con el aroma muriente de las rosas que se ajaban, ante las dos pálidas estrellitas de los cirios, meditó en ese hundimiento supremo de los Boccanera. Darío era el último de ese apellido; con él los Boccanera, tan vivaces y cuyo apellido llenó la historia, iban á desaparecer. Se comprendía el cariño que había profesado el cardenal, en el que el orgullo de la raza era el único pecado, á aquél muchacho de carácter débil, fin de su raza, único vástago por el cual podía reverdecer el añoso tronco y si tanto él como *donna Serafina* habían querido el divorcio y después el casamiento, había sido, más que para que cesase el escándalo, con la esperanza de ver nacer de los dos apuestos jóvenes una descendencia nueva y fuerte por que el primo y la prima se obstinaban en no casarse si no los entregaban el uno al otro. A la sazón con ellos y en aquella cama imperial en su mortal infecundo abrazo, yacía el postrer despojo, los pobres restos de una tan larga série de príncipes esplendorosos, prelados y capitanes, que la tumba iba á tragarse. Todo estaba concluído y nada podía nacer de una solterona vieja que ya no era mujer ni de un anciano presbítero que dejó de ser hombre. Ambos quedaban frente á frente estériles, lo mismo que dos añosas encinas que hubiesen quedado las únicas como restos de antiguo bosque y cuya muerte iba á dejar muy pronto la llanura completamente rasa. ¡Y que dolor más impotente el de sobrevivir, que angustia la de decirse que aquello era el fin de todo y que desaparecía toda la vida, toda la esperanza del mañana! En el bal-

buceamiento de las misas, en el olor aletargador de las rosas que se marchitaban, en la palidez de la luz de los cirios presintió entonces Pedro el hundimiento de ese duelo, la pesadez de la losa que caía para siempre sobre una familia extinguida, sobre un mundo desaparecido.

Comprendió que, como familiar de la casa, debía ir á saludar á *donna* Serafina y al cardenal. Enseguida hizo que le introdujesen en la habitación inmediata que era en la que recibía la princesa á la que encontró vestida de negro, muy encorsetada y sentada en un sillón del que se levantaba con lenta dignidad para responder al saludo de cada una de las personas que entraban. Escuchaba los pésames á los que no respondía ni con una palabra, teniendo el aspecto rígido de una persona que venció el dolor físico: pero Pedro, que había aprendido á conocerla, conocía en lo pronunciado de su ceño, en sus ojos hundidos y en la boca amargamente contraída que todo se había derrumbado en ella sin esperanza de reparación posible. No sólo se concluía la raza si no que además su hermano no sería papa jamás, el papa que durante tanto tiempo creyó poder hacer con su adhesión y su renuncia de mujer que entregaba á ese ensueño su corazón y su cerebro, sus cuidados, su fortuna, y su vida truncada de esposa y de madre. En medio de tantos desastres tal vez era esa decepción cruel de su ambición la que hacía sangrar más sus heridas. Se puso en pie por el joven presbítero, su huésped, como se levantaba para las demás personas, pero conseguía al hacerlo establecer distinciones en la manera como se ponía en pie según la persona á quien recibía; y Pedro comprendió perfectamente que seguía siendo á sus ojos el modesto abate francés, el ínfimo

servidor retrasado en la domesticidad de Dios desde el momento en que ni siquiera había sabido elevarse hasta el título de prelado. Un momento, cuando ella se sentó otra vez, después de acogido su cumplimiento con una ligera inclinación de cabeza, se quedó en pie por deferencia. Ningún ruido, ni aún el murmullo de una conversación turbaba el pesado silencio del gabinete. Sin embargo había allí cuatro ó cinco señoras de visita y sentadas también pero con una actitud desolada, muda.

Lo que empero le chocó más fué el ver al cardenal Sarno, uno de los antiguos amigos de la casa, con su cuerpo enteco, su hombro izquierdo más alto que el derecho, reclinado, casi tumbado en el fondo de un sillón, con los párpados cerrados. Al principio se olvidó, después de los pésames acostumbrados, y luego se fué quedando aletargado, dormido, dominado por aquel silencio pesado, por lo tibio de aquel aire impregnado del penetrante aroma de las flores, y todo el mundo respetaba su sueño. ¿Soñaba en medio de su letargo en aquel mapa de la cristiandad que tenía metido en su cráneo achatado y de expresión obtusa? ¿Continuaba en su sueño, tras su máscara lívida de antiguo empleado, alelado por medio siglo de continua burocracia, su terrible tarea de conquista, la tierra soñetida y gobernada desde el fondo de su sombrío despacho de la Propaganda? Las miradas enternecidas y deferentes de las señoras se fijaron en el cardenal, al que muchas veces reprendíanle todos cariñosamente, porque trabajaba con exceso, viendo el desbordamiento de su celo y de su genio en esas somnolencias que, desde hacía algún tiempo, le acometían en todas partes. Y Pedro no debía llevarse más recuerdo de aquel cardenal omnipotente que esta imagen postrera, la de un

viejo agotado, descansando en medio de la emoción de un duelo, durmiendo como un viejo cándido, sin que se pudiese saber si aquello era la imbecilidad que comenzaba ó el resultado del cansancio producido por una noche empleada en hacer reinar á Dios en algún lejano continente.

Se marcharon dos señoras y entraron otras tres. *Donna Serafina* se levantó de su asiento y volvió á sentarse, y después de saludar, tomó otra vez su actitud rígida con el busto erguido y el rostro duro y desesperado. El cardenal Sarno seguía durmiendo. Sofocábase Pedro allí y experimentaba una especie de vértigo, latándole el corazón con mucha fuerza. Se inclinó y se retiró. Después, y en el momento en que pasaba por el corredor para dirigirse al despacho en que recibía el cardenal Boccanera, se encontró cara á cara con el abate Paparelli, que guardaba la puerta con mucho celo.

Cuando el caudatario le olfateó, comprendió sin duda que no podía negarle la entrada, y además, como aquel intruso debía marcharse al día siguiente, derrotado y avergonzado, no había nada que temer de él.

—¿Descáis ver á su eminencia? ¡Bueno! ¡Bueno! Dentro de un momento... esperad un poco...

Y pareciéndole que estaba demasiado cerca de la puerta, rechazó á Pedro al otro lado de la habitación, pues á la cuenta temía que sorprendiese alguna palabra.

—Su eminencia está ocupado ahora... está de visita su eminencia el cardenal Sanguinetti... Esperad... Esperad ahí!

En efecto, Sanguinetti, que con mucha afectación había estado de rodillas durante largo rato al pie de la cama imperial y ante los dos cadáveres en la sala del tro-

no, prolongó luego mucho su visita á *donna Serafina* para demostrar cuánta parte tomaba en el duelo de la familia. Y hacía más de diez minutos que se hallaba en compañía del cardenal, sin que se oyese más que, de vez en cuándo, y través de la puerta, el murmullo de sus dos voces.

A Pedro, al encontrar allí á Paparelli, le perseguía de nuevo el recuerdo de lo que le había contado *don Vigilio*. Le examinó, viéndole tan pequeño, rechoncho, cubierto con una envoltura de grasa, con su faz abotagada que desfiguraban las arrugas, semejante á los cuarenta años, con aquella sotana sucia, á una vieja solterona, á la que el celibato hubiese transformado en un odre medio lleno. Y se quedó admirado, ¿cómo era posible que el cardenal Boccanera, ese soberbio príncipe, que llevaba tan erguida la cabeza con la indestructible altanería de su nombre, se hubiese podido dejarse invadir y dominar por un sér semejante, hombre que sudaba hasta tal punto por todos sus poros la bajeza y el asco? ¿No sería precisamente esa decadencia física de la criatura, esa profunda humildad moral la que le había impresionado, turbado al principio, después seducido como dones extraordinarios de salvación de que él carecía? Eso abofeteaba su propia belleza, su orgullo. El que no podía deformarse de esa manera, que no lograba vencer su deseo de gloria, debía haber llegado, por un esfuerzo de su fé, á tener envidia de aquel sér infinitamente feo y pequeño, á admirarle, á sufrirle como una fuerza superior de penitencia, de rebajamiento que abría de par en par todas las puertas del cielo. ¿Quién es capaz de decir el ascendiente que ejerce el mónstruo sobre el héroe, el que el santo cubierto de miseria, convertido en un objeto de

horror, adquiere sobre los poderosos de la tierra con el miedo que estos tienen á pagar sus goces terrenales con las llamas eternas? Y era el león comido por el insecto, tanta fuerza y tanto brillo destruídos por lo invisible. ¡Ah! Ser como aquella hermosa alma, estar segura de obtener el paraíso y encerrada para su bien en aquel cuerpo inmundo, y tener además la bienaventurada humildad de aquella inteligencia, de ese teólogo muy notable que todas las mañanas flagelaba su cuerpo con disciplinas y que no consentía en ser más que el último, el más ínfimo de los criados!

En pie, y embutido en su lívida grasa acechaba el abate Paparelli á Pedro fijando en él sus ojillos grises que parpadeaban en medio de las mil arrugas de su rostro. Y Pedro empezaba á sentir cierto malestar preguntándose, qué sería lo que tenían que decirse las dos eminencias para estar tanto tiempo encerrados. ¡Qué entrevista la de esos dos hombres si Boccanera sospechaba que Sanguinetti era el obispo entre cuya clientela figuraba Santobono! ¡Qué serenidad de audacia en el uno al haberse atrevido á presentarse, y que fuerza de alma en el otro, que imperio sobre sí mismo para en nombre de la santa religión evitar el escándalo, callándose, aceptando la visita como una sencilla muestra de estimación y confianza! Pero, ¿qué sería lo que podrían decirse? ¡Qué cosa más curiosa habría sido el poderlos ver el uno en frente del otro, oírles cambiar las diplomáticas palabras que convenían á semejante entrevista, mientras que en el fondo de sus almas rugían furiosos rencores!

De pronto, abrióse bruscamente la puerta y se presentó el cardenal Sanguinetti con el rostro tranquilo, no mucho más coloreado que de costumbre, quizás un

poco más pálido y conservando justo el medio en la tristeza que creía le convenía aparentar. Únicamente sus ojos turbulentos que giraban sin cesar, revelaban la satisfacción que experimentaba, al haberse librado de una labor muy pesada en suma. Se marchaba animándole la esperanza de ser el único papa posible.

El abate Paparelli se precipitó á su encuentro.

—Si su eminencia tiene á bien seguirme... si su eminencia lo permite le serviré de guía.

Y encarándose con Pedro, le dijo:

—Y ahora ya podéis entrar.

Vióles Pedro alejarse, tan humilde el uno tras del otro tan triunfante. Después de esto, entró en el despacho y enseguida, en el centro de aquella habitación reducida, amueblada con una mesa y tres sillas, vió al cardenal Boccanera en pie aún, con la actitud altanera y noble que tomara para saludar á Sanguinetti, á un rival al trono, al temido y execrado, Y también visiblemente en su esperanza Boccanera se creía el único papa posible, aquél á quien debía elegir el conclave de mañana.

Pero cuando se cerró la puerta, al ver al joven, á su huésped, que había asistido á la muerte de aquellos dos seres á los que tanto había querido y que dormían para siempre en la sala inmediata, experimentó el cardenal una emoción extraordinaria, que se volvió á apoderar de él; una debilidad indecible, en la que desapareció toda su energía. Era la revancha de su humanidad al hallarse á solas y fuera de la presencia de su rival, que no podía verle. Se tambaleó como un árbol añoso al recibir el hachazo del leñador, y se desplomó sobre una silla, ahogándole de pronto convulsivos sollozos. Y como Pedro, para cumplir con lo que impo-

nía el ceremonial quisiese besarle la esmeralda que llevaba en el anular, le levantó haciéndole sentar inmediatamente enfrente de él, balbuceando con voz entrecortada.

—No, no hijo mío, sentaos ahí y esperad... Dispen-sadme, dejadme un momento porque mi corazón estalla.

Sollozaba con las manos en la cara, no pudiendo dominarse, meter dentro de sí el dolor y con sus dedos aún vigorosos se oprimía las mejillas y las sienas.

La lágrimas empañaron entonces los ojos de Pedro, que á su vez vió desfilar ante ellos toda la dolorosa aventura, trastornándole además al ver llorar á aquel anciano, á aquel santo y príncipe generalmente tan altanero y tan dueño de sí, y que en esos momentos no era más que un pobre sér de agonía y de sufrimiento, tan trastornado, tan débil como un niño. Ahogándose quiso sin embargo, presentarle sus respetos y darle el pésame y pensó que palabras cariñosas podría pronunciar para llevar algún consuelo á aquella desesperación.

—Suplico á su eminencia que crea que mi pesar es muy grande. En su casa colmáronme de bondades y he tenido empeño, en manifestar enseguida á su eminencia lo que deploro esa pérdida irreparable...

Con un gesto muy animoso le hizo callar el cardenal.

—¡Por favor no digáis nadal! ¡Por favor, nada!

Y reinó un gran silencio mientras él lloraba siempre, agitado por la lucha, esperando á ser bastante fuerte para vencerse. Por fin dominó su estremecimiento, descubrió lentamente la cara, tranquilizada poco á poco y vuelta á ser la de un creyente fuerte con su fé, sometido además á la voluntad de Dios. Puesto que éste se había negado á hacer un milagro, puesto que hería con tanta

dureza su casa, tenía sin duda sus razones para hacerlo y él, uno de sus ministros, uno de los altos dignatarios de su corte terrestre no tenía que hacer más que inclinarse.

El silencio se prolongó aún bastante y después con una voz, que un esfuerzo de voluntad hizo natural y amable, preguntó:

—Nos abandonáis, querido hijo, os váis mañana, ¿no es así?

—Sí, mañana tendré el honor de ofrecer mis respetos por última vez á su eminencia, dándole las gracias una más por su inagotable benevolencia.

—Entonces ¿supisteis que la congregación del Indice había condenado vuestro libro y que eso era inevitable?

—Sí, he merecido el insigne favor de ser recibido por su santidad, y en su presencia me sometí y reprobé mi obra.

Una llamarada empezó á subir á los ojos empañados por las lágrimas del cardenal.

—¡Ah! ¡Hicisteis eso! ¡Ah! ¡Obrásteis entonces muy bien, querido hijo! Ese era vuestro deber extricto de sacerdote; pero, ¡hay tantos hoy que ni siquiera cumplen con el deber! Como miembro de la congregación cumplí la palabra que os dí de leer vuestro libro examinándolo atentamente, sobre todo en las páginas que marcaba la acusación. Y si enseguida permanecí neutral, y aparenté, que no me interesaba el asunto, llegando hasta el extremo de saltar á la sesión en que se juzgó, no fué más que para complacer á mi pobre sobrina, que tanto os quería y que os defendía ante mí...

Las lágrimas volvieron á apoderarse de él, se calló

y comprendió que iba á desfallecer otra vez si evocaba el recuerdo de Benedetta, la adorada, la llorada. Así fué que con una aspereza batalladora, continuó:

—Pero permitidme, hijo mío, que os diga: ¡qué libro más execrable! Me afirmásteis que tratábais con respecto al dogma y aún me pregunto á qué aberración se debe hayáis podido caer en una ceguedad tal, que no os permitió siquiera tener conciencia de vuestro crimen. ¡Respetuoso con el dogma, Dios mío! ¡Cuando vuestra obra entera es la negación de toda nuestra religión santa! No habéis comprendido que al pedir una religión nueva lo que hacíais era condenar en absoluto la antigua, la sola verdadera, la sola buena, la única eterna. Y esto sólo bastaba para convertir vuestro libro en el más mortal de los venenos, en uno de esos libros infames que en otros tiempos se quemaban por mano de verdugo, y que á la fuerza se dejan circular en la actualidad, después de haberlos puesto en entredicho y señalado con esto mismo á las curiosidades perversas, lo que explica la podedumbre contagiosa del siglo... ¡Ah! ¡Cómo he reconocido en él las ideas de nuestro poético y distinguido pariente, de ese querido vizconde Filiberto de la Chouel! ¡Un hombre de letras, sí! ¡Literatura! ¡Literatura! ¡Y nada más que literatura! Y ruego á Dios que le perdone, porque no sabe seguramente donde va ni lo que hace con su cristianismo de elegida para los obreros parlanchines que tienen la lengua suelta, y para la gente joven de los dos sexos, á los que la ciencia comunicó cierta vaguedad al alma. Y no conservo mi cólera más que contra el cardenal Bergerot, porque éste sabe lo que hace y hace lo que quiere... ¡No! ¡No digáis nada, no le defendáis! ¡Es la revolución dentro de la Iglesia, está en contra de Dios!

En efecto, por más que Pedro se hubiese propuesto no responder ni discutir, dejó escapar un gesto de protesta ante aquel furioso ataque al hombre que más respetaba y quería en este mundo. Desde luego cedió y se inclinó de nuevo.

—No puedo manifestaros con bastante energía mi horror,—siguió diciendo rudamente Boccanera,—sí, mi horror hácia todo ese hueco ensueño de la religión nueva, lo mismo que el que me inspira ese llamamiento á las más repugnantes pasiones que subleva á los pobres contra ricos, prometiéndoles no sé que reparto, que comunidad, hoy de todo punto imposible. Hay esa baja adulación al ínfimo pueblo, al que se le promete sin podersele dar jamás una igualdad, una justicia que sólo viene de Dios, que Dios sólo podrá hacer reinar al fin en el día señalado por un poder omnímodo. ¡No sé cómo calificar esa caridad interesada de la que se abusa hasta contra el mismo cielo para acusarle de iniquidad y de indiferencia; esa caridad lagrimosa y lánguida, impropia, indigna de corazones sólidos y fuertes como si el sufrimiento humano no fuese necesario para la salvación, como si no nos hiciésemos más grandes, más puros, y nos acercásemos más á la dicha infinita á medida que más sufrimos!

Se iba exaltando y estaba sangriento y soberbio. Era su duelo, la herida que tenía en el corazón la que le exasperaba de esta manera, el marasmo que le abatiera un momento y del cual se reponía provocante contra el dolor, tan testarudo en su idea estóica de un Dios omnipotente, soberano de los hombres que reservaba su felicidad á los solos escogidos de su elección.

Hizo de nuevo un esfuerzo para calmarse y con más dulzura añadió:

—En fin, hijo mío, el redil está siempre abierto y heos ya de regreso, puesto que estáis arrepentido. No podéis imaginaros cuánto lo celebro.

A su vez hizo Pedro un esfuerzo para mostrarse conciliador con objeto de no ulcerarle aun más su alma violenta y dolorida.

—Puede tener la seguridad vuestra eminencia de que no olvidaré ni una sola de sus buenas palabras, así como tampoco podrá borrarse de mi memoria la paternal acogida de su santidad León XIII.

Esta última frase pareció producir el efecto de agitar de nuevo á Boccanera, que al principio sólo pronunció palabras sordas, medio contenidas, como si luchase para no interrogar directamente al joven presbítero.

—¡Ah! ¡Sí! Visteis á su santidad... Hablásteis con el Santo Padre y debió deciros ¿no es verdad? como á todos los extranjeros que van á visitarle que no quiere más que la conciliación y la paz... Pues yo no veo á su santidad más que en las ocasiones inevitables; hace más de un año que no he sido admitido en audiencia particular.

Esta prueba pública de disfavor, esta lucha sorda que, lo mismo que en tiempos de Pío IX, había establecido entre el papa y el camarlengo, llenaba de amargura á este último. Le fué imposible contenerse más y habló, diciéndose, sin duda, que tenía delante un familiar, un hombre seguro y que además debía marcharse al día siguiente.

—La paz, la conciliación, se va muy lejos con esas palabras tan hermosas, con tanta frecuencia desprovistas de verdadera prudencia y de valor... La verdad terrible es que los dieciocho años de concesiones de

León XIII, lo han quebrantado todo en la Iglesia, y si reina aún mucho tiempo el catolicismo, se derrumbará, caerá hecho polvo como un edificio cuyas columnas han minado.

Pedro, que se interesaba mucho, no pudo por menos de hacer algunas objeciones para enterarse mejor.

—Pero ¿no se mostró muy prudente poniendo aparte el dogma en una fortaleza inexpugnable? En resumen, que si bien parece que ha cedido en una porción de puntos, no ha sido nunca más que en la forma.

—¡La forma! ¡Ah! ¡Sí, la forma!—repitió el cardenal, con pasión creciente.—Os dijo como á los demás, que era intratable en el fondo y que no tenía inconveniente en ceder en la forma. ¡Palabras deplorables, diplomacia equívoca cuando no es una sencilla y baja hipocresía! Mi alma se subleva al ver ese oportunismo, ese jesuitismo que juega al astuto con el siglo, que se ha hecho únicamente para sembrar la duda entre los creyentes, el desorden del sálvese quien pueda, causa próxima de inevitables derrotas! ¡Es una cobardía, la peor de las cobardías el abandonar uno sus armas para tener expedita la retirada, la vergüenza de ser así, la máscara aceptada con la intención de engañar al mundo y de penetrar en casa del enemigo para vencerle y reducirle por la traición! ¡No! ¡No! ¡La forma lo es todo en una religión tradicional, inmutable, que desde hace mil ochocientos años, ha sido, es aún y seguirá siendo hasta el fin de las edades la ley misma de Dios!

No pudo permanecer sentado y se levantó, poniéndose á pasear á través del reducido despacho que parecía llenar con su elevada estatura. Y era todo el reinado, toda la política de León XIII lo que discutía y lo que condenaba con violencia.

—La unidad, esa famosa unidad de la que le han hecho una gloria tan grande por quererla restablecer en la Iglesia, no es más que la ambición famosa y ciega de un conquistador que quiere ensanchar su imperio sin preguntarse si los pueblos nuevamente conquistados no van á desorganizar, á desmoralizar á su antiguo pueblo, hasta entonces fiel, adulterándolo y llevándole el contagio de todos los errores. ¿Y si los cismáticos de Oriente, los cismáticos de otros países al ingresar en la Iglesia católica, la trasforman totalmente hasta el punto de matarla ó de formar una nueva comunión? No hay más que una sabiduría: la de no ser más que lo que es, y esto sólidamente... Del mismo modo, ¿no es también á la vez un peligro y una vergüenza esa pretendida alianza con la democracia, esa política que basta para condenar el espíritu secular del papado? La monarquía es de derecho divino y abandonarla es en contra de Dios, pactar con la revolución, soñar con ese desenlace mónstruo de utilizar la demencia de los hombres para establecer mejor sobre ellos el gobierno. Toda república es un estado de anarquía, y desde luego la más criminal de las faltas es la de quebrantar para siempre la idea del principio de autoridad, de orden, de religión, reconociendo la legitimidad de una república con el único objeto de acariciar el sueño de una conciliación imposible... Así veréis lo que se ha hecho del poder temporal. Lo reclama aún; afectando ser intransigente en esa cuestión de la devolución de Roma; pero en realidad, ¿no consumó la pérdida, no es que renunció definitivamente, puesto que reconoce que los pueblos tienen el derecho de disponer de ellos, que pueden expulsar á sus reyes y vivir como animales sueltos en el fondo de los bosques?

Callóse bruscamente y levantó los brazos al cielo con un arranque de santa cólera.

—¡Ah! ¡Ese hombre! ¡Ese hombre que con su vanidad, con su necesidad de éxito había sido la causa de la ruina de la Iglesia! ¡Ese hombre que no ha dejado de corromperlo todo, disolviéndolo, desmigándolo con objeto de reinar sobre un mundo que cree conquistar mejor así! ¿Por qué, Dios Todopoderoso, por qué no le habéis llamado á vuestro seno?

Y ese llamamiento á la muerte adquiriría un acento tan sincero, había en él con un rencor muy grande un deseo tan inmenso y tan real de salvar á Dios del peligro aquí bajo, que Pedro experimentó un profundo estremecimiento. Ahora le veía á ese cardenal Boccanera que odiaba religiosamente, apasionadamente á León XIII; le veía acechando desde el fondo de su negro palacio y desde hacía muchísimos años la muerte del papa, esa muerte oficial que era él quien estaba encargado de hacer constar de una manera solemne por su cargo de camarlengo. ¡Cómo debía esperarla, cómo desearía con febril impaciencia que llegase la hora bienaventurada en que debía ir armado con su martillito de plata á dar los tres simbólicos golpes sobre el cráneo de León XIII helado, rígido, tendido en el lecho y rodeado de la corte pontifical ¡Ah! Golpear al fin en ese muro del cerebro para estar bien seguro de que nada respondería, de que no había nada dentro, nada más que la noche y el silencio! Y resonarían los tres llamamientos: «¡Joaquín! ¡Joaquín! ¡Joaquín!». Y no respondiendo el cadáver, el camarlengo se volvería, después de haber dejado pasar unos segundos, y decía: «¡El papa ha muerto!»

—Sin embargo,—observó Pedro queriendo llevarle hácia el presente,—la conciliación es un arma de la épo-

ca, es para vencer con más seguridad para lo que el Santo Padre cede en las cuestiones de forma.

—¡Es que no vencerá, sino que será vencido!— exclamó Boccaera.—La Iglesia no triunfó nunca más que cuando se obstinó en su integridad y en la eternidad inmutable de su esencia divina. Y lo cierto es que el día en que permita que toquen á una sola piedra de su edificio, éste se derrumbará... Acordáos de los momentos terribles por que pasó en la época del Concilio de Trento. La Reforma la había quebrantado de una manera profunda; el relajamiento de la disciplina y de las costumbres se acentuaba por todas partes y con aquello una oleada ascendente de novedades, de ideas inspiradas por el espíritu del mal, de proyectos malos que engendraba el orgullo del hombre suelto en plena licencia. Y aun en el mismo concilio hubo muchos miembros perturbados, gangrenados, dispuestos á votar las más locas modificaciones... un verdadero cisma en fin, que se añadía á lo demás... Pues bien, si en esa época tan crítica, si ante la amenaza de un peligro tan grande, se salvó el catolicismo del desastre, fué porque la mayoría, iluminada por Dios, mantuvo intacto el antiguo edificio, tuvo la terquedad divina de encerrarse en el dogma estrecho, y fué, en fin, porque no concedió nada, absolutamente nada, ni sobre el fondo, ni sobre la forma; y hoy en verdad, que la situación no es peor que en la época del concilio de Trento. Pongamos que sea la misma, y decidme si no es más noble, más animoso para la iglesia tener el valor de decir bravamente como en otras épocas lo que es, lo que ha sido y lo que será. No hay salvación para ella más que en su soberanía total, indiscutible, y puesto que siempre

venció con su inteligencia, es matarla el quererla conciliar con el siglo.

Habíase puesto á pasear con un paso meditabundo y poderoso, yendo de un extremo á otro de la habitación.

—¡No! ¡No! ¡Ni un acomodo, ni un abandono, ni una debilidad! ¡El muro de bronce que cierra el camino, el mojón de granito que limita son un mundo!.! Ya os lo dije el día de vuestra llegada, hijo mío: querer poner al catolicismo de acuerdo con los tiempos nuevos, es apresurar su fin, si es que está realmente amenazado de muerte como pretenden los ateos. Y moriría de una manera muy baja, en vez de morir noblemente, en pie, altanero y orgulloso con su antigua gloriosa realeza... ¡Ah! ¡Morir en pie sin renegar nada del pasado, desafiando al porvenir y confesando su fé cierta!

Y aquel anciano de setenta años parecía engrandecerse aún más sin miedo al aniquilamiento final, con un gesto de héroe que desafiaba á los tiempos futuros. La fé le dió esa paz serena, esa paz que la explicación de lo desconocido por lo divino da al espíritu, cuya necesidad de certidumbre satisface llenándole. Creía, sabía y no tenía dudas, temores ni miedo para el día siguiente de la muerte; pero una melancolía altanera nubló su voz.

—Dios lo puede todo, hasta destruir su obra si es que le parece mala. Todo se derrumbaría mañana, la Santa Iglesia desaparecería entre las ruinas, los santuarios más venerados se hundirían bajo la caída de los astros y sin embargo, sería necesario inclinarse para adorar á Dios cuya mano, después de haber creado el mundo, lo destruía así para su gloria. Y espero, me someto de antemano á su voluntad que es la única que

puede producirse, porque no sucede nada que El no quiere que suceda. Si realmente los templos amenazan ruína, si es cierto que el catolicismo debe caer mañana hecho polvo, estaré allí para ser el ministro de la muerte como lo fui de la vida... Es más, lo confieso, es cierto en que hay momentos en que ciertos signos terribles me asustan. Puede ser que, en efecto, el fin de los tiempos esté cercano y que vamos á asistir á ese derrumbamiento del mundo antiguo con que nos amenazan. Los más dignos, los más altos son aniquilados como si el cielo se equivocase, castigase en ellos los crímenes de la tierra, y no he sentido el soplo del abismo, en el que todo va á desaparecer, hasta que mi castigo por faltas que ignoro, ha sido herida con ese duelo horrendo, que la lanza al vacío, que la hace entrar para siempre en la noche!

Allá, en la habitación inmediata no dejaba de evocar á esos dos queridos muertos que no dejaban de estar presentes. Los sollozos oprimían su garganta, temblaban sus manos y su cuerpo corpulento se agitaba con una postrera rebelión de dolor bajo el esfuerzo de su sumisión. Sí, para que Dios se hubiese permitido herirle tan cruelmente, suprimiendo su raza, cometiendo así por el más grande, por el más fiel, debía ser porque realmente el mundo estaba condenado. ¿El fin de su casa no era el fin próximo de todos? Y en su orgullo soberano de príncipe y de sacerdote, halló un grito de suprema resignación y levantando las manos al cielo exclamó:

—¡Ah, Dios todopoderoso que se haga vuestra voluntad! ¡Qué todo muera, se derrumbe y que todo vuelva á la noche profunda del caos! Permaneceré en pie en este palacio en ruinas y esperaré á que me en-

vuelvan los escombros. Y si vuestra voluntad me designa para ser el augusto sepulturero de vuestra santa religión ¡ah! no tengáis ningún temor, no cometeré ningún acto indigno para prolongar su vida durante unos cuantos días. La sostendré erguida como yo, tan altanera y tan intratable como en los mejores tiempos de su supremacía. La sostendré con la misma valiente obstinación sin abandonar ni un ápice de su disciplina, de su rito ó de su dogma. Y cuando llegue la hora la enterraré conmigo, llevándomelo todo á la tierra antes que ceder nada de ella, guardándola entre mis brazos helados para devolverla á lo desconocido tal cual me distéis á guardar vuestra Iglesia. ¡Oh, Dios todopoderoso, soberano maestro, disponed de mí y haced de mí, si está en vuestros designios el pontífice de la destrucción, de la muerte del mundo!

Sobrecogido Pedro, estremeciéndose de miedo y de admiración ante aquella figura extraordinaria que se elevaba ante él; el último papa presidiendo los funerales del catolicismo. Comprendía que Boccanera debía haber tenido más de una vez ese ensueño; le veía en su Vaticano, en su San Pedro sobre los que caía el rayo, en pie, sólo á través de las inmensas salas que su corte aterrada y cobarde, había abandonado. Lentamente y revestido con su blanca sotana, llevando así en blanco el luto de la Iglesia, bajaba una vez hasta el santuario para esperar á que el cielo, en la noche de los tiempos, cayese aplastando la tierra. Por tres veces levantaba en alto el gran crucifijo que las convulsiones del suelo habían derribado en tierra, y luego, cuando el crujido final hendía los mármoles, le asía apretadamente y con él en brazos quedaba aniquilado bajo el hundimiento de las bóvedas. Y no había nada que fue-

se más regio, nada que tuviese mayor feroz grandeza. Con un gesto, el cardenal Boccanera sin voz, pero sin debilidad, y erguido é invencible á pesar de todo con su elevada estatura, despidió á Pedro el que, cediendo á su pasión por la verdad y la belleza, y diciéndose que él sólo era grande, que él solo tenía razón, le besó la mano.

En la sala del trono fué á hora avanzada cuando cesaron las visitas, y entrada la noche cerraron las puertas y se procedió á colocar los cuerpos en el ataúd. Habían cesado las misas y las campanillas anunciando el acto de alzar, no se oían ya; el balbuceamiento de palabras latinas no se oía después de haber resonado durante doce horas en los oídos de los dos muertos que quedaba más que el aroma moribundo de las rosas y el olor cálido de los dos cirios de cera. Como éstos con su luz de pálidas estrellitas no iluminaban bastante la sala, habían llevado algunas lámparas que los criados sostenían en las manos lo mismo que si fuesen antorchas. Según costumbre, todos los criados de la casa se hallaban reunidos allí para dar el último adiós á sus señores, que iban á acostarse para siempre en el seno de la muerte.

Hubo algún retraso. Morano, que desde por la mañana trabajaba mucho cuidando de todos los detalles, acudía corriendo entonces desesperado, al ver que aún no habían llevado el triple ataúd. Al cabo lo subieron los criados y se pudo empezar. El cardenal y *donna Serafina* estaban el uno al lado del otro cerca del lecho mortuorio. Pedro también estaba allí lo mismo que *don Vigilio* y fué *Victorina* la que se puso á coser á los dos amantes dentro del mismo sudario, en una gran

pieza de seda blanca, con la que parecían vestidos con la misma ropa de boda, la ropa alegre y pura de su unión. Después se acercaron dos criados y ayudaron á Pedro y á *don Vigilio* para colocar los dos cadáveres en el primer ataúd de madera de pino y tapizado de satén de color de rosa; no era mucho mayor que los ataúdes ordinarios, de tal modo eran jóvenes los dos amantes, de esbelta elegancia y de tal manera los unía su abrazo, que no formaban más que un solo cuerpo. Cuando estuvieron acomodados allí, continuaron su eterno sueño con la cabeza medio envuelta entre sus olorosas cabelleras que se confundían. Y cuando ese primer ataúd quedó encerrado en el segundo de plomo, y después en el tercero de encina, después de que los tres estuvieron soldados y cerrados, se siguió viendo los rostros de los dos amantes por la redonda abertura provista de un grueso cristal y practicada, según la costumbre romana, en los tres ataúdes. Y para siempre separados de los vivientes, solos en el fondo de aquel triple ataúd, veíanse como siempre, mirándose sin cesar con sus ojos obstinadamente abiertos y teniendo delante toda la eternidad para agotar su amor infinito.